

LA ALIANZA VETERINARIA,

PERIÓDICO DE LA ASOCIACION VETERINARIA DE LAS RIBERAS DEL JÚCAR.

PRECIO DE SUSCRICION.

Por un mes. . . . 1 Ptas.
Por un trimestre. . 3 »

DIRECTOR: **D. Juan Morcillo Olalla.**

ADMINISTRACION.

D. Carmelo Iborra Lluch,
Alameda, 27.

SE PUBLICA LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES.

Se ha repartido el cuarto cuaderno del 2.º tomo de la 3.ª edicion de «El Guia del Veterinario, inspector de carnes,» de 32 páginas.

LA TRIQUINA EN MÁLAGA.

En *La Correspondencia de España* del 11 de los corrientes, hemos visto un suelto en el que se dice, que en Málaga se habian presentado ocho casos de *triquinosis* en el hombre, los cuales han sido ocasionados, segun reconocimiento pericial microscópico, por haber comido los infectados embutido que contenia dicho parásito.

El embutido infestado procedia, segun se ha podido indagar, de Gilena, (Cádiz.)

Esto viene á demostrar, una vez más á la Sociedad, lo interesante que le es, que, tanto las casas-mataderos, las salchicherías, y los mercados públicos, estén bajo la vigilancia de un veterinario perito, y que á su pericia, reuna la actividad y entero conocimiento del sagrado cuanto interesante cargo que le tiene encomendado la autoridad; sin estas condiciones, la salud pública se halla amenazada de continuo, no solo á ser alterada por la infeccion de la triquina que puede ocasionar la muerte despues de prolongados sufrimientos, sino que se encuentra bajo la influencia de otras mil causas morbosas para el hombre que contiene la carne de general consumo, las que, obrando ya de un modo lento, pero continuado, en otros casos con violencia y casi instantáneamente, perturban la salud general ú ocasiona victimas que muy fácilmente se podian haber evitado. Pero ¿se comprende esa necesidad por las autoridades y el público? no: no se conoce si tenemos en cuenta que, gran número de poblaciones no tienen inspectores de carnes, y en otras de alguna importancia por su vecindario, el cargo de inspector se tiene confiado á un intruso é ignorante albéitar, que, no solo desconoce la higiene, sino que no comprende el compromiso en que está; ¿qué seria de un pobre hombre así intruso é ignorante, si por

una casualidad ocurriese lo que en Málaga? ¿cómo eludirian el tanto de culpa y responsabilidad en que incurriria una autoridad que por su voluntad y saltando por encima de la ley tiene confiada la salud pública á un intruso? Creemos que, tanto uno como la otra se verian apuraditos para salvar el compromiso, y aun despues de salir de él, les quedaria el inexorable juez de su conciencia que los acusaria como causantes de las desgracias ocurridas.

En las poblaciones que no hay inspector no se pueden practicar reconocimientos microscópicos tan necesarios en el dia, el que se practiquen en las carnes destinadas al abasto público, y la salud pública se halla espuesta á cuantas contingencias puede ocasionar una mala y descuidada higiene; en las poblaciones en que existe como inspector un intruso albéitar; tampoco se hacen aquellas, porque el albéitar, no solo no sabe practicarlas, sino que desconoce completamente lo que es el microscopio: y, sin embargo de tanta ignorancia, el vecindario, conociendo lo mal servido que está el ramo de higiene pública, tiene que sufrir el capricho de las autoridades, y que se juegue tan impúnemente con lo que más aprecia el hombre; la salud.

Tiempo es ya que la clase veterinaria se dirija al Gobierno de la Nacion, manifestándole la necesidad que hay de organizar bien este ramo de higiene pública, y que el cargo de inspector se dé por rigurosa oposicion, dotándose en relacion de la importancia de las poblaciones y trabajos que se tengan que hacer.

EL SUEÑO Y LA REALIDAD.

130 kilogramos de Jamon en ferro-carril, desde Liverpool, pasando por la antigua Helenes, hasta Madrid.

(Continuacion.)

Esta relacion que os relato, fué la del aparecido, y con élla me dejó más bobo de lo que

soy; pero que me decidió á seguir el derrotero que me dejaba marcado, me llenó de confianza, y con tal confianza voy á Madrid.

Al siguiente día no dejé ni un momento de recordar el suceso de la noche anterior, y aun cuando yo apenas sé leer ni escribir, ni en mi vida he meditado sobre ningun suceso de mi existencia, ni sé discurrir sobre nada, porque confieso á V. que mi cerebro, si no es de mármol, por lo menos debe ser de alguna sustancia muy análoga á esta clase de pedruzco; ciego por tan extraordinaria revelacion, y creyéndola, porque satisfacía mis aspiraciones; empecé por hacer los preparativos de viaje: el oro lo recogí en onzas americanas de buena ley, todas de la época de Carlos III, y recientemente traídas del Nuevo-Mundo; en cuanto á los Jamones que van en este mismo tren que nos conduce á Madrid son de los mejores que habia en la ciudad. Ahora no falta más que Santiago me proteja.

Pero hombre de Dios, ¿qué consejo le puedo dar, si ignoro por completo lo que V. desea y pretende, y por su relacion no puedo ni remotamente deducir ni suponer cuáles son sus aspiraciones?

Pues bien, me dijo, se lo diré á V., y acercándose á mi oído, me indicó con sumo sigilo su secreto.

No pude menos de soltar una estrepitosa carcajada y decirle, imposible.... imposible de todo punto, lo que V. quiere es tan difícil como pretender que lo hagan Gobernador civil de Pontevedra, ministro de Hacienda ó cosa semejante.

Se amostazó el mozo algun tanto con mi contestacion, y algo enfadado me dijo: Sr. mio, sin duda V. ha olvidado mi relato, no tiene en cuenta mi ensueño, lo que me dijo el aparecido, la proteccion que tendré de Santiago, las mejicanas que llevo aquí en el cinto, los buenos Jamones que van en este tren, y sobre todo, no ha leído en mi semblante que me sobra audacia, no para acometer una empresa como la que me hace ir á Madrid, sino otras que tuviesen más importancia.

Reflexioné un momento y me convencí, que alegaba razones muy poderosísimas, y ya no veía tan difícil el que consiguiese lo que pretendía lo que le confesé diciéndole, que me habia equivocado; que si en algo le podia ayudar lo haria en su obsequio; porque ahora veo de muy distinto modo la cuestion, y soy de parecer que debe V. insistir en su propósito, seguro, que alcanzará ese pergamino tan deseado.

Pero debo advertir á V., me dijo, que yo apenas sé leer y mal borrar mi nombre, por lo que debe V. suponer que no tengo la más ligera nocion del asunto sobre el cual me han de confesar.

Eso no es suficiente motivo para que te asustes, ni te debe intimidar; yo conozco mozos de posada que estaban dedicados á dar paja y cebada para los animales de los transeúntes, y de la noche á la mañana me los he encontrado convertidos en maestros, y no de escuela; conozco otro que era una perfecta y verdadera acémila como las que se encuentran por las barracas de la huerta de Ruzafa, y con la mayor facilidad han conseguido lo que tú deseas: tú tienes la ventaja de que ya entiendes algo de herrero, y ese adelanto no lo tenían muchísimos de los que yo en este momento te podria citar; conque ánimo, y mucha fé en Santiago.

¡Ah, Señor! qué peso ha quitado V. de mi corazon oprimido, y ya respiro mejor con esa confianza que me dá; ya casi voy creyendo que lo del ensueño es una verdad, que se realizarán mis aspiraciones y que dentro de muy poco tiempo seré feliz.

Sí, confía en que saldrás bien en tu empresa, que regresarás á tu pueblo con tu pergamino que te hará ser en la apariencia otra cosa de lo que hasta aqui has sido, aun cuando en el fondo seas el mismo y tan ignorante como siempre. Sin embargo, deseo ayudarte en tu negocio, y si algo necesitas te podré proporcionar buenas relaciones, aun cuando las que llevas son muy poderosas, para que el confesor te absuelva.—Por si es caso que necesitas de mi auxilio, vivo, calle del Soldado, n.º... buardilla del centro.

Ahora solo me resta hacerte una exigencia, y es, que cuando concluyas, me digas todo lo que te suceda y resultado final de tu viaje, bien haciéndome una visita, bien escribiéndome cuando llegues á la ciudad.

Le prometo á V., señor, que lo sabrá todo hasta con minuciosidad,

Nos apeamos en la estacion del Norte con un fuerte apretón de manos, y cada cual se dirigió á su destino.

Pasaron muchos dias sin acordarme de tal mozo ni del asunto que llevaba entremanos; pero á mediados de Julio, al entrar en mi casa á las seis de la tarde para descansar un rato y comer, entre varias cartas que el repartidor me habia dejado, me vi la siguiente, que copio literalmente.

»Sr. D. N. F.

Mi inolvidable compañero de viaje: no habiéndome sido posible ver á V. á mi salida de Madrid, voy en este momento á cumplir la palabra que le dí de decirle todo lo que me ocurriera en la coronada villa y el resultado definitivo de mi asunto.

Dispénseme V. si le soy molesto con mi minuciosa relacion, pero como sé que desea saber todos los pormenores de mi atrevida aspiracion,

yese otro tribunal que se denominó Proto-Albeiterato de Navarra y Aragon, y del cual fué proto-albéitar, Pedro Lopez Zamora; por esto vemos, que la única obra que este antiguo albéitar publicó, está escrita en diálogo, y la escribió en esta forma, para que sirviera como de texto á los que se dedicaban á estudiar *Albeitería*.

No solo habia los dos centros citados para los exámenes, centros, que podian conceptuarse, y lo eran efectivamente, oficiales; sino que en algunas provincias como la de Valencia, estaban los albéitares y herradores agremiados, y el gremio concedia licencias para ejercer el herrado y la *Albeitería*, bien cada ramo de estos por separado, bien autorizando á un solo individuo para que desempeñara ambos cargos á la vez; pero estas licencias solo autorizaban al poseedor para ejercer el ramo que en ella se comprendia dentro del territorio de la provincia en que habia sido espedida; si el autorizado iba á ejercer á otra provincia distinta, era conceptuado como intruso, podia ser citado ante los tribunales que le imponian una multa, y se le recogia la herramienta y todos los útiles de herrar que poseia. Aun en 5 de Noviembre de 1882 hemos visto una de estas licencias, espedida en el año 1835, la cual la conceptuamos como de ningun valor, atendiendo al estado en que ya se encontraba la Veterinaria y que el Proto-Albeiterato se habia agregado á la Escuela de Madrid.

Pero en la época á que se refiere nuestra narracion, desde el siglo XIII al XVI, la escasez de profesores, su pobreza, lo poco conocida que era la *Albeitería*, el pertenecer los albéitares á las clases sociales más inferiores de la Sociedad, la escasa instruccion que en general tenian, el objeto á que se dedicaban, curar burros, hizo, que se considerase la profesion como

Carta de Absirto á Hipócrates:

«Hipócrates, albéitar de caballos, salud: Despues que vemos el linaje de los caballos, aparejado y sujeto á padecer tantos daños, los cuales son varios y diversos, y muy patentes á los ojos: á vos, que como tratador de caballos y curador de ellos os conviene saber muchas cosas, os escribo esta sobre las heridas de los ojos.»

Vemos, por lo que antecede, que en esta época ya estaba la ciencia en poder de hombres instruidos y dedicados exclusivamente á su estudio, que, á juzgar por la anterior carta, recibian el nombre de albéitares.

En el siglo IV nos encontramos con Hierocles de Bitinia, que no solo se dedicó á curar los animales, sino que se le atribuye que escribió una obra de *Hipiátrica*.

Ya en estos primeros siglos, despues de J. C., vemos que se le dá un nombre concreto al arte de curar los caballos y que se denominaba *Hipiátrica*, derivado de *Hipos*, caballo, y *Jatrica*, medicina, recibiendo el nombre de *hipiatras*, á los que se dedicaban á su ejercicio.—Sin embargo, ningun dato hemos podido adquirir de si en esa época se investia al *hipiatra* con algun documento especial y legal, que le acreditase ante el público, que tenia aptitud científica y derecho exclusivo para curar los animales domésticos.

La importancia que de dia en dia tomaba el caballo, particularmente bajo el punto de vista de la guerra, hizo preciso, no solo dedicarse á curar sus enfermedades, sino á mejorar sus razas, y lo mismo se hizo con los demás animales, tan luego como el hombre comprendió el valor que aquellos tenian y lo indispensables que eran á la Sociedad.

La invasion de los árabes en España hizo que adelantasen todas las ciencias, é indudablemente este progreso debió alcanzar á la Albeitería: no puede darse, que este pueblo que contaba con un contingente tan grande de caballos y que tantos introdujeron en nuestra nacion, olvidasen el cuidado de un unimal tan estimado para ellos, que tanta fuerza y preponderancia les daba, que no tuvieran en sus escuadrones hombres especiales para curar las dolencias que pudieran padecer. Efectivamente los tenian, y de buenos conocimientos, pues se nombra en esa época á un tal Ebn, albéitar, que se dice fué el mejor botánico que hubo despues de Dioscorides; el cual escribió un libro sobre los limones y sus jarabes. Esto nos prueba que tenian albéitares y que indudablemente existian hombres que se dedicaban á esta carrera especial. Llorente cree, que la palabra Albeitería, tan antigua entre nosotros, tiene su origen de aquella época, y que viene de la voz *Beytar*, que significa *hombre que cuida caballos*, y la cual se concretaba á la curacion de las enfermedades de los solipedos, titulándose *albéitar*, al que ejercia dicha profesion.

Pero si la palabra Albeitería es antiquísima entre nosotros y más antigua que en otras naciones, en las del Norte se habia conservado el de Hipiatria, viéndose tambien, que en las provincias donde se hablaba el dialecto limosin, procedente de la degeneracion de las lenguas germanas, se empleó más bien la voz *Meneskalía* y *Meneskal*, que despues degeneraron en *Mariscalía* y *Mariscal*, cuyo origen se hace derivar de *Mars*, caballo; *Schal*, criado. Tambien se usó por entonces el de *Mulo-medicina*. y *Mulo-médicos*, como suele leerse en algunos libros de la antigüedad.—En esta época tampoco tenemos datos de que se dieran autorizaciones especiales para ejercer la Albeitería.

conocimientos que se sabian en aquella época sobre Albeitería, sino que para poder despues ejercerla sin traba ni inconveniente de ningun género, les era de absoluta necesidad probar su aptitud científica, su idoneidad, ante el tribunal constituido. Probada la suficiencia del aspirante á Albéitar, se les espedia el título ó licencia de albéitares-herradores, con cuyo documento pasaban á la categoría de maestros.

El Proto-Albeiterato estaba siempre formado por los mariscales de las Caballerizas Reales; no conociéndose en aquella época ningun otro centro oficial ni de enseñanza para conceder títulos. La ciencia era transmitida en casa de todos los que eran maestros, adquiriéndola los hijos de estos ó sus mancebos; enseñanza, que empezaba por la práctica del herrado y la observacion que el neófito adquiria de los casos clínicos que se presentaban en los animales que constituian la clientela del profesor. Puede juzgarse por esta educacion profesional y científica, cómo serian la generalidad de los albéitares de aquellos tiempos y qué adelantos podia hacer la ciencia; más, cuando tan escasos eran entonces los libros por los que pudiera estudiar é instruirse el aspirante á profesor.

Indudablemente debió ser en muy corto número los individuos que adquirian el título en el Proto-Albeiterato; lo uno porque aun se encontraba la *Albeitería* (en general), bajo el dominio de los pastores, aficionados ó simples herradores, por la escasa importancia que la curacion de los animales tenia, y, mas principalmente, por la dificultad que la mayor parte de aspirantes tenian para hacer un viaje largo y costoso, debido esto en gran parte á la falta de medios de comunicacion.

Estos y otros obstáculos que se presentaban, motivó tal vez, el que algun tiempo despues se institu-

que se dedicasen á la Albeitería. Así se hizo, y se publicó un libro, del cual nos ocuparemos en el lugar que le corresponde.—En esta época tampoco se menciona, que sepamos, nada de títulos, aun cuando creemos, que teniendo el rey D. Alfonso V mariscales en su ejército, estos para llegar á adquirir este cargo se sujetarian á alguna prueba que probase su idoneidad, y para conocerlos como tales mariscales del ejército, se les investiría ó daría alguna autorizacion con la cual probasen el cargo que desempeñaban.

Llegamos al siglo XVI, y no habian perdido de vista los altos señores y menos los reyes, la necesidad de fomentar y proteger la Albeitería que tan necesaria les era en aquella época de continua guerra y en la que la caballería era el todo, y vemos á D. Fernando V é Isabel I, llamados los Reyes Católicos, pensar y llevar á cabo la instalacion del Proto-Albeiterato, denominado de Castilla. Dedúcese de esto, que si bien hasta entonces la *Albeitería* habia sido un oficio libre que podia ejercerlo cualquiera y que generalmente estaba desempeñado por aficionados, los cuales transmitian sus conocimientos (escasos indudablemente en aquel entonces), por simple relato verbal y por una práctica rutinaria, llena de defectos y de preocupaciones, bien á sus hijos, bien á sus dependientes ó personas allegadas, concretándose aquellos al herrado y curacion de los solípedos; es indudable que la ciencia iba á entrar en un período más regular y científico.

Establecido, como dejamos dicho, el Proto-Albeiterato, empezó con dicho tribunal una nueva fase para la Albeitería, dejaba de ser un oficio de ejercicio libre y desde aquel momento se convertía en una profesion vinculada en hombres especiales, que no solo necesitaban hacer un estudio particular para adquirir los

SEGUNDA ÉPOCA.

LA ALBEITERÍA.

Hemos atravesado infinidad de siglos sin encontrar datos exactos y positivos de nuestra ciencia, de modo, que todo cuanto dejamos relatado en la época anterior no es más que lo que suponemos ó creemos que debió suceder.

Pero del siglo XIII en adelante es cuando ya encontramos hechos concretos que nos dan á conocer de una manera auténtica, que la Hipiatria ó Albeitería, se centralizaba en ciertos hombres que se ocupaban con interés de ella y comprendian su gran importancia; y la tenia más especialmente, por la que habia adquirido el caballo. En este siglo ya encontramos el libro de D. Jaime de Castro, titulado *Libro de fechos de caballos*, que, como despues veremos, ya trata en él, no solo de la manera de enfrenar los caballos, sino de un gran número de enfermedades. Pero en este libro vemos reproducida la supersticion, la magia y cuantos defectos trajo en sí la Hipiatria desde su origen. En él se aconsejan para la curacion de ciertas enfermedades, el recitar algunas oraciones místicas, acompañadas de ciertos signos cabalísticos y enigmáticos, particularmente para curar el *esguince del menudillo* (exortijado); y ¡cosa estraña! ¿quién hubiera podido decir en aquel entonces á D. Jaime de Castro que seis siglos más tarde, en el XIX, titulado del progreso, de las luces y de la ilustracion, habia de haber charlatanes que pusieran en práctica su tratamiento para curar los esguinces del menudillo? Sin embargo, yo conozco á algunos individuos que ellos mismos dicen que tienen *gracia especial* para curar la

citada dolencia, y suponen que la curan, haciendo cruces sobre la parte enferma, y al tiempo de hacerlas, las acompañan de una oracion que ellos solos entienden y de una gesticulacion la más ridícula é insultante; con cuyo modo de proceder, la gente ignorante que presencia el acto con la boca abierta, dicen, que los animales quedan buenos en el momento. Me se dirá, que nada tiene de extraño que haya esta clase de pilletes estafadores, cuando existen tantos inocentes ignorantes que se dejan engañar con tanta facilidad; pero si esto hay que admitirlo y no es dable á la ciencia el remediarlo ni poner correctivo á semejantes tonterías, por lo menos nosotros no debemos transigir con tales extravagancias, y tenemos el deber de combatirlas. Por nuestra desgracia aun existen gentes que tienen fé y creen en esos embaucadores y toscos nigrománticos; gentes, que pasan por cuerdas, que se creen tener regular criterio y se conceptúan como entendidos, teniendo más confianza en las necedades de tales taumaturgos que en el profesor instruido.

Así como todas las ciencias progresaban, lo hacia tambien la Albeiteria, y conociéndose en esta época el herrado, parece lo más lógico y natural, que los que estaban dedicados á poner herraduras, fuesen los encargados de curar los animales cuando estaban enfermos. Si bien creemos que en los siglos XIII y XIV la asistencia de los animales enfermos estaba encomendada más generalmente á los herradores, no faltaban hombres especiales que se dedicaban á este oficio de curar los animales, que no se podia llamar otra cosa en aquel tiempo. No tenemos noticias de si aquellos herradores-albéitares que entonces existian y que indudablemente acompañarian al arma de caballería, que por cierto no serian en gran número, poseian algun diploma ó documento legal que los auto-

rizase para ejercer libremente su oficio; somos de parecer que no habia aun tal formalidad, que no estaban obligados á probar su idoneidad ni su aptitud científica ante ningun tribunal, porque este tampoco existia: nos son desconocidos los medios que se empleaban (si existian algunos), para probar que un individuo reunia los requisitos necesarios para que la Sociedad lo conceptuase como apto para desempeñar su mision.

Pero de cada dia se notaba más la falta de albéitares, se comprendia mejor lo necesarios que eran, crecia la importancia que la Albeiteria tomaba y la Sociedad no podia ya pasar sin estos nuevos artífices. Sin embargo, eran muy pocos los que se dedicaban á la Albeiteria y menos los que tenian ni aun mediana instruccion; y no la podian tener, porque no habia medios de adquirirla.

El descubrimiento de la imprenta en el siglo XV, influyó de una manera poderosa en el adelanto científico, pudiéndonos vanagloriar de que los albéitares españoles fueron de los primeros en aprovechar tan prodigioso invento, y publicaron más obras de Albeiteria y mejores que ninguna otra nacion.

En ese mismo siglo XV, Alfonso V de Aragon, llamado el Magnánimo y que tanto protegió las artes y las ciencias, no hechó en olvido la Albeiteria, y tal vez le obligó á fijar su atencion en esta naciente ciencia, la circunstancia de hallarse en guerra con Nápoles y comprender la falta que los albéitares hacian en sus escuadrones para cuidar de las enfermedades del caballo. Inducido, tal vez por esta necesidad, ordenó que se reuniesen los mejores *mariscales* de su egército bajo la presidencia de su mayordomo D. Manuel Diaz y de las conferencias que celebrasen se formara un libro que pudiera servir para instruir á los

y además, mi alegría es tanta, que creo, que desde que salí de esa y aun en este momento estoy soñando por segunda vez al considerar el cambio que tan momentáneamente y tan inesperado he sufrido; esto hace que no me canse de hablar y escribir de mi nueva posición, de la importancia que me se ha dado en la Sociedad, y sobre todo el habérmese colocado entre la clase científica. Todo esto me hará que sea algo pesado en esta epístola, y no de San Mateo, y V. habrá de tener la paciencia de leer estos borrones de quien hoy es, lo que nunca pensó ser.

Empezaré por decir á V., que al siguiente día de mi llegada á la Corte, me dediqué exclusivamente á visitar la coronada villa, conocer el punto flaco que tenía con objeto de combinar mi plan de ataque y resolver la cuestión en el tiempo más corto que me fuera posible. Comprendí muy pronto, que este *individuo-población* contenía mucha miseria y es un *traga-dinero*, cuya sed de oro no es fácil apagar con todo el que se ha recogido en las arenas de la California, pero que el metal dorado es en aquella tierra un talisman que todo lo hace posible: vi, que con la ayuda del oro el uraño se hace benigno, el adusto apacible, el orgulloso amable y condescendiente, el déspota vasallo, el que se tiene por sábio se arrastra á los piés del ignorante y le sonríe, el duro blando, el perezoso activo, los honrados deshonorados, los avaros más avaros todavía, y que allí el corazón es de mármol, la conciencia no existe y los sentimientos humanitarios no se han conocido nunca.

Con este jnicio que formé de la coronada villa, puede V. comprender que me fué fácil acometer de frente mi empresa, y acometerla, con la confianza que dá la idea que me habia formado de su buen éxito.

Al segundo día tomé antecedentes de la parroquia á donde habia un Santo Santiago, y sin dilación alguna fui á visitarlo, rogándole con ferviente plegaria y con los ojos arrasados en lágrimas, que me amparase y que interpusiese su reconocida y grande influencia para con los demás patronos para que tuviesen clemencia con un pobre feligrés, en el negocio que tanto me interesaba. Le indiqué mi objeto, las mejicanas que llevaba, los escelentes y sabrosos JAMONES que de mi tierra habia llevado y lo agradecido que siempre le estaria si me concedía lo que pedia; y, ¿quiere V. que le diga la verdad? me pareció que aquella imagen se conmovió, que sus ojos chispeaban de alegría, que si ambicion demostraba por adquirir el oro, no le era indiferente lo de los Jamones. En su áustero é inmóvil rostro me pareció leer lo siguiente: »Confía, que muy pronto se arreglará todo, porque á tan buen chico y que tanto sabe, no tengo valor para negarle nada; y

puesto que el negocio está exclusivamente en mis manos; puesto que de mi dependen los demás que han de dar el *exequatur* y te han de absolver, puedes dormir tranquilo y como si ya tuvieses el *burgués* en tu poder.

Puede V. comprender cuánta seria mi alegría y mi satisfacción al ver la buena marcha que llevaba mi ansiado negocio; pero cuando me retiré á la casa que estaba de huésped, vino á turbar mi tranquilidad y nublar mi alegría un pensamiento que ocupó por muchas horas mi imaginación, y fué, mañana es la prueba fatal, ¿qué me preguntarán que yo pueda contestar? no lo sé, pero desde ahora digo, que en ese duro trance de seguro que, ó pierdo la lengua, ó me se queda pegada al paladar; no puede suceder otra cosa, porque yo estoy tan virgen en asuntos de bu... que no sé por dónde tengo que salir. Sin embargo, ahora ya estoy en carrera y no debo retroceder; si me hacen cargar con una calabaza de diez arrobas, como es lo más probable y seguro que suceda, no puedo quejarme, y solo diré, que han cumplido con su deber como gente honrada; pero si me dan la absolución y me endosan el *burgués*, entonces podré decir, que son unos ignorantes, y el que tenga noticia de tal acontecimiento no puede menos de calificarlos de burros, más burros que yo, y V. bien sabe que lo soy mayúsculo.

Por fin me dormí, no sin ántes encomendarme con una buena oración á mi santo predilecto y protector Santiago, para que no me olvidase en la hora suprema y de prueba.

Llegó el nuevo día, tercero de mi residencia en Madrid, y, si le he de hablar con franqueza, no sé lo que me sucedía; era tan grande mi turbación que, al vestirme, me puse la chaqueta por pantalón; temblaba de piés á cabeza y no acertaba á moverme ni dar un paso; yo que siempre he tenido tan buenas ganas de comer, no almorcé.

Pero á las ocho, haciendo un esfuerzo supremo me reanimé y parece que todo mi ser se transformó; cargué con los 130 kilos de Jamones, provisto de los chavos que en mi cinto guardaba y que muy pronto iban á ser propiedad de un danzante, atravesé las calles de la villa, hasta que llegué á la casa del que me debía auxiliar y apoderarse de todo lo que llevaba. Dejé mi pesada carga en tierra, saqué mi cinto y aboqué su contenido sobre una mesa que contenía algunos libros, y ¡si hubiera visto V. qué ojos abrió aquel avichucho! ¡cómo devoraba con su vista los Jamones y con qué ansiedad recogía y alzaba los chavos! seguro estoy que hubiera V. dicho, que ni un bandido se alegra tanto de coger una buena presa, como se alegró este Samuel de atrapar las mejicanas. Yo permanecía inmóvil como una estatua,

con la boca abierta de cansancio y con la mayor impaciencia, esperando que aquella ave de rapiña despegase su pico y dijese alguna palabra; por fin, acercándose á mi y dejando caer una de sus garras sobre mi hombro, me dijo: *Eres un excelente muchacho, y la Patria, la Ciencia y mucho más yo, deseamos que abundase más tu raza pura; vete desde aquí derecho al garito que ya sabes, que dentro de dos horas estaré yo allí á recompensar tu buen talento y premiar tus sacrificios.* Me despedí y me dirigí á donde me mandaba.

¿Querrá V. creer, que aquel bicharraño me pareció ser el mismo que me se apareció en mi sueño? si no era, le puedo asegurar á V. que se asemejaba como un huevo á otro huevo. Al verlo tan contento y satisfecho, dije para mí; este pez se ha tragado la *carná*, está bien clavado y mi negocio perfectamente asegurado.

Haria como cosa de hora y media que habia llegado al *garito*, cuando me vi venir á Samuel con los demás amigachos, puestos de levita y estaquen, que parecían señores; pero que sus maneras bastas y sus caras poco simpáticas, daban á conocer muy manifiestamente que no tenían nada de lo que el traje aparentaba: al llegar á mí me miraron de piés á cabeza, olvidándoseles de hacerlo de las orejas al rabo, único modo por el cual me podían haber conocido mejor, y hecho este reconocimiento se entraron hablando y muy alegres hácia dentro. A los pocos minutos fui introducido á donde estaban los señores, por un individuo que llevaba gorra con galon de oro, me hicieron sentar en el banquillo fatal como el de los acusados, y le digo á V. la verdad, empecé á temblar, y hasta dudé por un momento del buen éxito de mi asunto: esperaba con impaciencia la embestida de uno de aquellos señores, por salir pronto del paso; pero todo el ceremonial se redujo á preguntarme qué tal tierra era mi país, que se conoce que la cria del ganado porcuno era muy abundante, y cosas por el estilo. Cuando concluyeron, el Samuel, dirigiéndose á sus colegas, les dijo: que yo era un chico de muy buena disposicion natural y mucho talento; que si en aquel dia no estaba muy al corriente en bu..... dentro de muy poco tiempo que la egercitase cometiendo mil torpezas y ocasionando la desgracia de algun ciudadano, podria ser una notabilidad, y, por lo tanto, era de opinion, que me se absolviera, y muy justo el que me diesen su aprobacion. No hubo disidencia alguna, y todos unánimes digeron, que me aprobaban por el bueno y lucido exámen que acababa de hacer. El Samuel me dijo que ya estaba despachado y corriente; me levanté, los saludé, me contestaron muy amables, risueños y satisfechos de mí, y sali de aquella *sentina* de corrupcion y desmoralizacion. (Se continuará.)

Recompensa justa.—D. Gregorio Arzoz, veterinario de 1.ª clase y presidente de la Asociacion Científico-Veterinaria de Navarra, ha sido nombrado caballero de la Real y distinguida órden de Isabel la Católica; gracia justa y bien merecida que el Gobierno ha concedido á nuestro compañero y á la que se ha hecho acreedor por sus constantes trabajos en practicar la inoculacion preventiva en los ganados para preservarlos de la mortifera enfermedad del carbunco.

Reciba el Sr. Arzoz la más cumplida enhorabuena, en nombre de esta Asociacion.

Seccion de anuncios.

ESPECÍFICOS

preparados por el licenciado en Farmacia

D. FERNANDO GUCALA Y COLOMER,

plaza de San Francisco, n.º 2, Botica,—JATIVA.

OLEINA VEXICANTE Y RESOLUTIVA.

TÓPICO GUCALA.

Los maravillosos efectos que el *Tópico Cucala* viene produciendo desde hace mucho tiempo en ciertas enfermedades de los solípedos, como cojeras recientes y crónicas de la region escapulo-humeral y la coxo-femoral; en los sobre-tendones y sobre-huesos; esparavanes, vejigas y varias otras alteraciones de las extremidades de los animales domésticos; la accion pronta y enérgica que produce en la piel y que el veterinario tiene necesidad de utilizar para combatir determinadas enfermedades de los órganos interiores, nos pone en el caso de recomendar á nuestros comprofesores el *Tópico Cucala*. Los veterinarios de toda esta comarca lo venimos usando, dándonos iguales ó mejores resultados que el *Liniemento Ojea* ó el *Tópico Fuentes*.

Cada frasco de unos 70 gramos, cuesta 2 pesetas.

Se acompaña un prospecto á cada frasco.

Direccion: D. Fernando Cucala, farmacéutico, plaza de San Francisco, n.º 2, Jativa.

REMEDIO SEGURO

para curar las toses crónicas del caballo.

Pocas veces se resisten las toses crónicas del caballo á la opiata compuesta con los polvos que constituyen esta composicion, sabiendo todos los veterinarios de este país, que con ella han conseguido la curacion de toses que se habian resistido á los mejores tratamientos.

Precio. Cada paquete cuesta 5 pesetas, y contiene tres papeles para confeccionar tres opiatas.

JATIVA: Imp. de B. Bellver.